

PROVOCAR PARA VESTIRSE

Lorena Piedad



Provocar para vestirse

Apuntes sobre la profanación de tu cuerpo

Lorena Piedad



Esta historia comienza cuando una niña aborda un taxi Volkswagen de los que ya no fabrican, y mientras su familia elige un lugar, ella prefiere acostarse en la parte vacía del asiento del copiloto; una niña de cinco años que ignora sobre miradas lascivas o pensamientos sexuales, lleva un vestido blanco con holanes, ropa interior de algodón color rosa, calcetas blancas con encaje y zapatos escolares. Es 1995. Al momento de recostarse flexiona las rodillas para mayor comodidad y mira a su madre, quizá sea un domingo de felicidad y por eso sonríen, hasta el momento en el que la mirada de la niña capta los ojos del chofer fijos en *la parte* que su madre le ha dicho que jamás debe tocar un extraño.

A continuación, sucede un caos de silencios cuando la mujer se da cuenta que un hombre observa las piernas y la vagina de su hija de apenas cinco años. Quizá es culpa de la niña por acostarse de esa forma en el taxi o por mostrarle descaradamente la ropa interior a un hombre. La mujer baja el vestido a su hija, la levanta y la sienta en sus piernas, donde nadie podrá lastimarla. Decide no contarle a su esposo porque sería una exagerada, no reclamar al chofer porque “vieja loca”. Prefiere abrazar a su hija. Ya pasó todo.

Las mismas mujeres abordan una colectiva. Para entonces la niña tiene diez años y el transporte pocos lugares. La mujer toma un asiento hasta la parte trasera y la niña en la delantera, siempre de frente a su madre. Minutos después del viaje una chamarra de piel tapa por accidente la pierna de la niña, todo parece normal hasta que siente una mano extraña subiendo por su rodilla izquierda; al girar la mirada descubre a un hombre de aproximadamente sesenta años que lleva una camisa de seda y una cadena de lo que parece ser oro en el pecho, loción extravagante que corrompe la serenidad y una mirada perdida en el horizonte, relajado, como si su mano no estuviera llegando a la

entrepierna de una niña de diez años. Entonces la madre, que siempre ha sido muy astuta, entiende que la mirada de su hija es de miedo, algo anormal pasa con ella, la observa con detenimiento hasta llegar a sus piernas cubiertas por la chamarra de un desconocido. Inmediatamente se quita los lentes oscuros y mira con odio al hombre para exclamar frente a todos los pasajeros: “¡Quita tus malditas manos de mi hija, viejo cerdo, maldito!”. La niña no puede hablar, está pasmada pidiendo con la mente que por favor su mamá no se enoje porque la escucha alzar la voz y pedir al chofer que obligue a bajar al anciano, “porque viene tocando niñas”. El chofer es gentil, detiene la marcha. Como si nada hubiese pasado, el hombre baja tranquilamente; antes de que la puerta cierre grita la frase célebre: “Pinche vieja loca”. Todos observan a la niña. Ella piensa que es su culpa.

La niña escucha historias como la de aquella noche en la que su prima de trece años llegó a casa llorando porque un hombre la persiguió por las calles más oscuras, o la tarde cuando su hermana mayor tiró de una patada a un hombre en bicicleta que decidió, porque sí y porque quiso, darle una nalgada mientras ambas caminaban por la calle; muchas voces femeninas relatando sus experiencias, hasta que llegó el día de contar la propia.

Ya no es una niña, sino una adolescente de quince años. Esa tarde se dirige al trabajo de su madre, la defensora, así que aborda un microbús color blanco con franjas verdes, paga el pasaje y elige sentarse en un lugar de la parte trasera. Calza unos Converse negros y viste un pantalón de pana del mismo color, playera de Guns N'Roses y una chamarra de mezclilla azul cielo; en sus audífonos suena *November Rain*. Parece una mañana tranquila, observa la ventanilla y encuentra en el reflejo la figura de un hombre sentado al extremo opuesto de ella: pantalón beige, playera blanca, cabello rasurado; su mano derecha está moviéndose con agitación dentro del bolsillo del pantalón y mira

fijamente a la joven; él sonríe con placer deformado por la excitación y la adrenalina, ella observa con temor. La adolescente puede acusar al hombre con el chofer o humillarlo con las groserías que su padre le ha enseñado, pero en un acto de infinitas posibilidades tiene miedo de pensar en la palabra masturbación. *Masturbación*. Quizá está confundiendo las cosas, así que decide bajar del transporte mucho antes de lo previsto y caminar hasta el puerto seguro que significan los brazos de su madre.

Ahora una mujer de veinticinco años que transita sobre la banqueta de una calle céntrica con unas botas negras plataforma número 4, pantalón azul cielo y playera blanca, camina a prisa hacia su trabajo porque son las 4:53 de la tarde de un domingo y debe checar a las 5 en punto. Una patrulla municipal se acerca y toca el claxon, ella ignora la acción y continúa el trayecto, la patrulla desaparece unos segundos y vuelve a surgir de una esquina, da vuelta y nuevamente se acerca, otra vez toca el claxon y del interior surge una pregunta: “¿Para dónde vas?”. Esto no es normal, así que la mujer observa el auto y adentro halla a un hombre quizá joven que lleva puesto el uniforme que lo

acredita como guardián de la seguridad de la ciudad. Él sonríe, ella no. “¿Para dónde vas? ¿Te llevo? Oye, voltea, estás bonita, si quieres te llevo a donde me pidas”. Quizá el supuesto policía espera una reacción positiva, quizá olvida que maneja una patrulla y que está en horas de servicio. La mujer acelera el paso y la patrulla también, ella empieza a tener taquicardia, es un policía, no está pasando esto. La calle solitaria, sin fin, decide no entrar a su lugar de trabajo para que el hombre no la ubique, da vuelta en una esquina y corre lo más rápido posible hasta despistar a la patrulla. Ya pasó todo. Años después la mujer lee en un portal de Internet que en una ciudad vecina, cuatro policías violaron a una joven de diecisiete años dentro de una patrulla.

A las 7:50 de la mañana de un día de octubre de 2018, una mujer de veintisiete años sale corriendo de casa lo más rápido que le permiten sus botas con tacón número 6, hace su recorrido de todos los días para llegar a la colectiva, pasa por el local donde reparan zapatos y ve a un hombre en la esquina vigilando el camión recolector de basura. Error. Son las 7:55 y muchos vecinos decoran las calles, niños de las manos de sus madres corren para llegar a tiempo a la escuela; la mujer cruza la calle, voltea a ambos lados para evitar que la atropellen y no mira a las personas para no incomodarlas. Pasa a un lado del hombre que tiene aspecto como el de cualquier otro vecino: pants

color lila, cabello desarreglado y un notable sobrepeso; siente su respiración agitada muy cerca, piensa que la va a asaltar, piensa en su celular, en la cartera, sujeta con fuerza su bolsa, y todo sucede en segundos: no se trata de un asalto para robar sus pertenencias materiales, se trata de un asalto que roba en segundos su dignidad en el momento exacto en el que toca su cuerpo. Jamás le había pasado, siempre pelea y ofende a todos los que le gritan palabras absurdas en la calle, pero eso es otra cosa. Un hombre al que nunca ha visto tocó su cuerpo. Siente punzadas producidas por la fuerza con la que tocó más allá de la espalda baja. Gira para ofenderlo, se da cuenta de que el sobrepeso del hombre le impide correr rápido, a ella sus botas; sin embargo, corre detrás de él, da vuelta en la esquina y decide alcanzarlo, no sabe para qué, son las 8:00, su hora de

entrada, pero eso no importa, cuando está a punto de alcanzarlo ve su camioneta blanca, puerta abierta, motor encendido: lo planeó. Detiene su carrera, quizá es una trampa, quizá quiere que lo alcance para subirla al vehículo. Con ambas manos cubre su cara, trata de calmarse, no pasa nada; una señora al otro lado de la calle vio todo y no hizo nada, el vecino de la tienda sigue parado mirando hacia ella: él fue testigo de todo y no hizo nada, nadie hace nada, solo parpadear. Son las 8:10. No pasa nada, pero sí: carraspea, siente en el cuerpo las malditas manos del hombre, golpea con el puño el cofre de un carro y llora de impotencia, ¿qué otra cosa?

Mi nombre es Lorena

“Yo jamás lo hubiera permitido”, “¿Qué tonta, por qué no le pegaste?”, “Debes denunciar”, “No es tu culpa”, “¿Cómo ibas vestida?”, “Lo bueno que no pasó otra cosa”. ¿Sabes lo que significa caminar por la calle y que alguien a quien no conoces toque tu cuerpo? Malditas las manos, malditas sus formas de invadir. Soy la niña de cinco y diez años, la adolescente de quince, la mujer de veinticinco y veintisiete: mi nombre es Lorena y me manosean en las calles que he caminado infinidad de veces, feliz o triste, pero al final son las calles de mi ciudad, debería poder confiar en ellas.

Yo que me creo muy valiente, no hago nada. Sólo apuntes sobre la

profanación de mi cuerpo en las calles y no quiero la lástima de nadie: quiero respeto, quiero que a nadie más le suceda, quiero que deje de normalizarse llamándolo “piropo”, quiero que sea entendido como acoso sexual y castigado como delito, esa es la única victoria para esta batalla.

Porque la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía. Ni mucho menos cuántos años tenía.

*



Provocar para vestirse. Apuntes sobre la profanación de tu cuerpo,
de Lorena Piedad, se publicó digitalmente en diciembre de 2019.

DUBIUS editores autoriza la reproducción de este libro, total o
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre que sea para
uso personal o académico y no con fines comerciales.

Pachuca, Hidalgo, en el centro del mundo.

